

que León sea amado de nuestra hija. Os aseguro, amiga mía, que pienso en él con más dulzura desde que sé cuán amante se ha mostrado con mi Julia.

## IV

## Los estudios de Julia.

La buena institutriz había arreglado su gabinete de trabajo, sus libros y sus mapas geográficos, sus lápices y sus esferas, y desde el día siguiente de la llegada de Julia, la llevó á él. Esta entró en él con aire satisfecho; mas antes de tomar sitio en la mesa, donde algunos libros se hallaban esperándola, atrajo á su institutriz hacia un sillón, subió á sus rodillas y le dijo con tono de íntima confianza:

—Señorita, tengo que deciros una cosa.

—¿Y qué es, hija mía?

—Que me hagáis trabajar mucho; que de-seo mucho aplicarme á escribir, á aprender la doctrina, el piano, el bordado, la costura, ¡todo, en fin!

—Está bien; pero me han dicho, Julia, que antes no amábais el trabajo: ¿es verdad?...

—No me gustaba cuando era pequeña, pero ahora he comprendido una cosa...

—¿Y qué es, mi amada niña?

—Os lo diré, pero á vos sola. Yo no sabía apenas leer, hasta que Jorge me dió algunas lecciones... y un día oí á mi abuelita que culpaba á mamá de no haberme enseñado mejor... Esto me dió mucha pena, porque mamá se tomaba mucho trabajo para enseñarme, y desde entonces me dije que era preciso aprender.

—Está bien, hija mía, —dijo la señorita de la Rochette, —yo os haré trabajar á fin de que vuestra abuelita quede contenta de vos.

—Lo que yo deseo más es poder escribir á papá; él me lo ha encargado mucho.

—Desde hoy vamos á empezar á aplicarnos.

Los progresos de Julia fueron lentos, aunque su voluntad fuese muy constante. Su madre, que no había querido abandonar enteramente á mademoiselle de la Rochette los cuidados y el honor de esa educación, se había reservado las lecciones de escribir y los ejercicios de memoria, y al cabo de cuatro meses, al año nuevo, Julia escribió á su padre su primera carta, acontecimiento grave en su vida de niña; la carta decía así:

*Mi querido papá:*

*Esta es la primera carta que escribo en mi vida y es para vos, para deseáros un buen año y para deciros que os abrazo con todo mi cora-*

*zón. Mamá es quien me enseña á escribir; aprendo además muchas cosas con madamoiselle Esther, pero adelanto poco.*

*Os amo mucho y lo mismo á mi abuelita, á quien envió un tapete para lámpara que yo he hecho, es decir, solo el fondo, pues la señorita ha bordado las flores.*

*Yo os abrazo, papá y abuelita, y también á mi amigo Jorge. Esta carta la he escrito yo sola. Vuestra pequeña*

JULIA.

León respondió á esa epístola con una carta de cuatro páginas, toda llena de expresiones de ternura y de bellos proyectos para el futuro viaje de Julia á Caen.

Carolina la leyó con un suspiro; cada vez que las cualidades distinguidas de su marido, cada vez que su carácter afectuoso se presentaba á su memoria, echaba de menos, no el pasado, que á sus ojos nada tenía de bello, sino la felicidad que hubiera sido posible, si sus dos almas se hubieran entendido. ¡Amargo pesar! ¡la tierra prometida estaba allí! ¡una nube le había ocultado el camino! ¡Iba ya á enclavar el áncora en el puerto, una vela se rompió, y el barco quedó flotando y sin llegar á él! ¡Iba á ser dichosa! ¡Un pequeño obstáculo se levantó entre sus corazones y ya no había en perspectiva más que una vida solitaria! ¡pesar amargo! ¡perder tanto por tan poca cosa!

Aquella carta, que había hecho suspirar á Carolina, estimuló singularmente á su hija:

desde entonces hizo punto de honor el escribir todos los meses á su padre y anunciarle en cada carta un nuevo adelanto.

Los vacíos del pasado se llenaban poco á poco; Julia empezaba á poseer los conocimientos ordinarios á su edad, y nada más; pero sus facultades morales crecían en mayor proporción que su memoria y su inteligencia: todo lo que puede ser comprendido por el corazón, lo entendía; la instrucción religiosa encontró, sobre todo, en ella un alma abierta y dócil; le parecía tan dulce amar á Dios y tan fácil servirle! Las narraciones de la Historia Santa la cautivaban, sobre todo, y gustaba por instinto de su suave encanto y de su exquisita poesía; más las primeras escenas del Evangelio encantaron, sobre todo, su corazón; Belen, el establo, los ángeles, los pastores, los magos, no cesaban de ocuparla, y fue muy fácil enseñarla las virtudes que las almas inocentes aprenden en el ejemplo del Dios Niño. La caridad hacia los pobres se desenvolvió en ella, hasta inspirarle el espíritu del sacrificio; su dulzura, su obediencia, su amor á sus padres, se perfeccionaron y el gusto del trabajo se depuró todavía por el sentimiento del deber. Su piedad naciente daba un objeto á todas sus acciones, pues quería complacer á Jesús en la cuna, y cuando rezaba arrodillada por la mañana y por la tarde, al toque del *Angelus*, se hubiera dicho que como los ángeles veía la faz del Padre Celestial: tanto era lo que estaba de atenta y recogida.

Carolina gozaba con delicia de los progresos de esta joven alma, y mademoiselle de la Rochette, que cultivaba y dirigía las cualidades naturales de Julia, gozaba también, pero en silencio y sin grandes demostraciones; era dichosa, sin embargo, y confundía á la joven madre y á su hija en un cariño enteramente maternal.

El año se pasó regular y rápido, y el momento del viaje á Caen llegó demasiado pronto para Carolina.

—Ya te escribiré con frecuencia, querida mamá,—dijo Julia al partir.

Esta promesa fue el bálsamo vertido en la herida de la separación. Julia fue fiel á ella y cada cuatro días su gruesa letra infantil aparecía bajo un sobre.

Pero al cabo de tres semanas, aquellas cartas deseadas con tanto ardor faltaron de repente. Madama de Villiers esperaba la hora del correo con una ansiedad indecible. y ella misma escribía todos los días: después de seis ó siete días de una espera mortal, recibió la carta que sigue, de Caen:

*Señora, he tardado en escribiros porque deseaba anunciaros la completa curación de Julia; mas ¡ay! no ha sido posible; nuestra querida hija se halla enferma hace ya seis días. Creíamos que sería una indisposición pasajera, y es una fiebre peligrosa lo que se ha declarado.*

*Creo que desearéis verla y cuidarla; venid, pues, las antiguas diferencias serán momentá-*

*neamente olvidadas en las efusiones de un dolor común. Mi madre y yo os esperamos; nada he dicho á la pobre niña, pero será muy dichosa con vuestros cuidados. Terminó asegurándos que, según la opinión de los médicos, el caso es muy grave, pero no desesperado.*

LEÓN DE VILLIERS.

Carolina partió una hora después de haber recibido la carta que precede.

## V

### Enfermedad

Carolina pasó el tiempo del viaje en una agitación indescriptible; no podía llorar y se sofocaba: en medio del espasmo de dolor y de inquietud que la abrumaba, le parecía que la silla de posta, lanzada al galope, no adelantaba terreno: á cada instante sacaba la cabeza por la ventanilla y daba prisa al postillón; después, cayendo de nuevo desalentada en su asiento, exclamaba:

—¡Quizá llegaré demasiado tarde! ¡Oh, Dios mío! ¡haced que llegue á tiempo, que la vea aún!

Cada vez que veía el campanario de una

iglesia, unía las manos y rezaba con fervor, é invocaba el morador invisible del Tabernáculo en una plegaria muda: su alma, ya que no podían sus labios, invocaba á Dios.

—¡Oh, señor!—exclamaba,—¡oh, padre mio! ¡vos que todo lo podéis, salvadla, salvadla!

Cerca de la noche la fatiga cerró sus ojos; pero sueños espantosos la despertaron en seguida y la volvieron á una realidad igualmente llena de terrores: en fin, hacia la mitad del día distinguió en el horizonte los contornos conocidos y los campanarios de la ciudad normanda, la torre de la Abadía, la forma aérea de San Pedro y de la Abadía de las Damas, y bajo el peso de una certidumbre próxima, y quizá desgarradora, permaneció como abrumada; la esperanza tenía poco acceso en esta alma, entristecida por las decepciones de la vida.

El carruaje rodaba resonando en las calles, y se detuvo ante la casa que Carolina conocía tan bien; no se advertía en ella ninguna señal de luto: las ventanas estaban abiertas. Carolina respiró, y Ursula, precipitándose á la portezuela, exclamó llorando:

—¡Está muy mala, señora!

Carolina, temblorosa, se detuvo en el umbral; el dolor, mezclado á un embarazo inexplicable, la tenían inmóvil; acababa de ver á su marido, que llegaba á su encuentro, pálido y abatido, y que sin hablar le ofreció el brazo.

—¿Cómo está?—preguntó al fin madama

de Villiers, subiendo la escalera y extendiendo por aquellos sitios, que habia creído no volver á ver nunca, una triste mirada.

—¡Mal!—contestó León;—no quiero disimularoslo; ¡está muy mal!

Carolina tembló, y sin advertirlo, se apoyó con una fuerza mayor en el brazo de su marido. El la sostuvo, mirándola compasivamente.

—¡Os esperaba!—le dijo,—¡y sabia que vendriais!

La joven no pudo contestar; pero quizás sus almas se comprendían mejor que nunca; un mismo sentimiento las ponía á nivel.

—¡Yo quisiera verla!—dijo dulcemente madama de Villiers.

—Al instante,—respondió León, conduciéndola á la habitación que le estaba destinada.

Era la que ocupaban ordinariamente las personas extrañas; Carolina se quitó el sombrero y la manteleta, y descubrió su bella cabeza y su elegante y delicado talle.

—Sentáos un instante y escuchadme,—dijo León que la contemplaba con tristeza.—Anhele, ante todo, que no os asustéis al ver á Julia: no os reconocerá, porque se halla en ese estado de estupor que acompaña de ordinario á las fiebres perniciosas.

—Pero Dios mio, ¿qué es lo que tiene? Explicáos.

—Os confieso que no me he atrevido á escribirloslo, porque el nombre asusta tanto como la enfermedad misma. Nuestra pobre

niña tiene una fiebre tifoidea; pero, os lo repito... aunque se halla muy mal, no se han perdido todas las esperanzas.

Estas palabras, que querían ser consoladoras, despertaron, no obstante, en el alma de Carolina tan funestas imágenes, que prorrumpió en lágrimas: el llanto, agolpado hacia dos días en su corazón, corrió entonces como una fuente amarga. León que la veía llorar por primera vez, porque aquella alma orgullosa no le había confiado nunca el secreto de sus penas, se esforzó en calmarla con dulces palabras y serias afirmaciones.

—Os aseguro por mi honor,—le dijo,—que los médicos esperan aún salvarla... Tiene una constitución excelente y la enfermedad ha sido atacada á tiempo. Yo no querría ni podría engañaros, Carolina.

Esta levantó los ojos hacia su marido y un recuerdo de días mejores se despertó en ella, á pesar de su dolor. En los primeros días de su matrimonio se decía que amaba á León, sobre todo por la expresión de franqueza y de lealtad que había en su semblante; sincera como siempre, aquella mirada le decía:

—No os he engañado, ni os engañaré jamás.

—Os creo,—dijo Carolina;—pero ya comprenderéis mi mortal dolor; ¡sólo las palabras *fiebre tifoidea* son horribles!

Ambos callaron agobiados de pena; pero al fin madama de Villiers preguntó tímidamente:

—¿Puedo verla?

—¡Venid!

Los dos entraron silenciosamente en una estancia oscura y fresca; amplias cortinas de muselina, corridas ante el lecho, detuvieron la ansiosa mirada de Carolina: de pie é inmóvil esperaba percibir un ruido en aquel silencio, una forma en aquella obscuridad.

—Sed bienvenida,—le dijo una voz bien poco amada.

Su madre política acababa de levantarse del sillón donde sin duda había pasado muchos días y velado muchas noches, porque su semblante pareció á Carolina muy pálido y muy cambiado; la joven, reconocida, estrechó una mano que no rehusó la suya.

—Sentáos aquí,—prosiguió madama de Villiers;—podréis verla cuando vuestra vista se haya acostumbrado á esta semiobscuridad.

Carolina obedeció, y desde el sitio que su madre política le había designado pudo ver, en efecto, en medio de la nube blanca que formaban las cortinas y las ropas blancas del lecho, el semblante querido de su hija.

Julia parecía adormecida: su cabeza, medio envuelta en su abundante cabellera castaña, se hallaba caída hácia atrás, y aquel rostro infantil, de tan graciosos y puros contornos, cubierto ahora de una palidez lívida, parecía tener impreso el sello de la muerte.

—¡Oh, Dios mio!—sollozó Carolina.—¡Cómo has cambiado, hija de mi alma!

El silencio sucedió á esas palabras, ese silencio respetuoso é imponente que se guarda á la cabecera de los que van á partir para las comarcas eternas. El corazón de la pobre madre se helaba de espanto; con los ojos fijos en su hija buscaba en su semblante abatido un movimiento que le permitiese esperar.

Pero la niña permanecía sumergida bajo el peso de un sueño febril: de vez en cuando su abuela se levantaba, renovaba la compresa de hielo que estrechaba su frente, aproximaba á sus lábios un vaso de limonada, del que Julia bebía un sorbo, volvía á cubrirla con la ropa y la cortina caía de nuevo.

Carolina envidiaba amargamente á la madre de su esposo; pero no se atrevía á reemplazarla en aquellos cuidados, cuyo derecho actual le parecía que era de la abuela. A la caída de la tarde, después de muchas horas pasadas al lado del lecho de Julia, madama de Villiers le dijo con tono de autoridad:

—Carolina, debéis estar abrumada de fatiga, y es preciso que vayáis á recogeros; yo velaré hasta media noche y Ursula me reemplazará después.

Carolina no se atrevió á resistir, y después de haber besado, llorando en silencio, la manecita de la niña, que pendía fuera del lecho, se retiró.

La materia triunfó del espíritu y la fatiga de la inquietud: durmióse profundamente hasta el día, y corrió al cuarto de Julia. Ursula velaba rezando en voz baja el rosario, cuyas cuentas rodaban entre sus dedos.

—¿Cómo está?—preguntó ansiosamente la joven.

—Yo no la veo peor que ayer,—respondió la cocinera;—no ha cesado de dormir, aunque ha soñado en voz alta... ¡Escuchad! ¡ahora habla!...

Todas las facultades de Carolina quedaron suspensas; las palabras ahogadas é incoherentes que salían de los lábios de su hija la ocupaban solo: la niña hablaba en voz alta, de esa manera rápida y breve que es propia de la fiebre interna; muchas veces seguidas nombró á Cora. ¡Cora, la compañera habitual de sus juegos! Después probó á modular una canción criolla, que la negra cantaba con frecuencia, y después, con una voz más baja y más lastimera, murmuró:

—¡Mamá!

—¡Piensa en mí!—exclamó Carolina conmovida hasta el fondo del alma.

—Siempre ha hablado de la señora la pobrecita, y en tanto que ha podido desembrollar sus ideas, no ha cesado de nombraros: esperemos en que Dios os la conservará, que para eso hago una novena para lograrlo, dedicada á la Santísima Virgen.

—¡Gracias, Ursula! ¡Que Dios os escuche, porque yo no podría vivir sin ella!

Ursula se retiró y madama de Villiers se instaló á la cabecera de Julia; el día se pasó, poco más ó menos, como el anterior, entre grandes inquietudes y débiles esperanzas; una sola vez pareció que Julia recobraba el conocimiento; abrió su fatigados ojos, miró

fijamente á su madre y dijo con voz á la vez débil y alegre:

—¡Querida mamá, venid á mi lado!

Carolina se lanzó al lecho y la abrazó con arrebato; mas la fiebre se apoderaba de nuevo del cerebro de la niña, que balbuceó algunas palabras vagas y recayó en su terrible soñolencia.

—¡La trastornáis, la molestáis, la estáis atormentando! ¿Acaso no véis que la más absoluta calma es indispensable?—dijo una voz cuyo acento despótico y celoso conoció en seguida Carolina.

—Sé muy bien lo que mi hija necesita;—contestó la joven vivamente y con sequedad.

—Conseguiréis ponerla peor con vuestras exageraciones. Si no podéis moderaros, sería mejor que no entraséis jamás en esta habitación.

—¡No lo haré, por cierto! León me ha llamado y mi sitio está aquí.

—¡Madre mía, por Dios!—exclamó León interviniendo en esa querella súbita.—¡Que nuestra pobre hija no os oiga.

Madama de Villiers calló y volvió á sentarse con la frente cargada de nubes. Un instante habia bastado para turbar esa unión, nacida del dolor. El carácter celoso de la abuela y la vivacidad orgullosa de la joven madre habían chocado al encontrarse, y desde aquel momento ambas se constituyeron en observación la una de la otra.

Por la noche, el estado de Julia se hizo más alarmante, y al amanecer el padre y las

dos madres se encontraban al lado de su lecho.

—¡Está peor!—dijo León,—la fiebre crece por instantes.

—El médico va á venir y él juzgará de su estado mejor que nosotros,—respondió madama de Villiers.

—En cuanto á mí,—añadió Carolina,—deseo que haya una consulta.

—¿Y á quién pediríais que se llamase en ese caso?

—A mi antiguo médico monsieur Bellyn, que ha cuidado de Julia desde que nació.

—Pues no se puede llamar á monsieur Bellyn, porque yo no participo en ninguna manera de esa gran confianza que os inspira.

—Es, sin embargo, el único médico de Caen que yo deseo ver.

—Nos permitiréis á mi hijo y á mí, que conocemos la ciudad mejor que vos, que no seamos de vuestra opinión.

—Hay un medio de arreglarlo todo,—dijo León;—llamemos para la consulta á monsieur Bellyn y otro médico que designéis, madre mía.

—Yo no designo á ninguno; el nuestro basta, me parece, en una enfermedad cuyas fases son bien conocidas, y cuyo tratamiento es familiar á los practicantes de medicina.

—No soy de vuestro parecer, señora, y por mi parte desearia llamar junto al lecho de Julia á todas las lumbreras de la ciencia; vuestra confianza... permitid que os lo diga, se parece á la indiferencia.

—No podéis suponerla en mí; pero á los ojos de las gentes apasionadas, la razón pasará siempre por dura, y no obstante, es la razón.

Esta conversación, que en medio de una angustia creciente se parecía á un ácido destilado sobre una llaga, fué interrumpida por la llegada del médico. El mismo pareció inquieto, su rostro, mudo de ordinario, expresó el temor y una compasión nacida del alma, porque él también era padre: él mismo pidió el concurso de otro facultativo.

—Designadlo, —dijo monsieur de Villiers.

—Monsieur Bellyn, —si os parece, —respondió el médico, —porque es el único que ha hecho en los hospitales estudios detenidos sobre las fiebres perniciosas.

¡Miseria humana! Cualquiera que fuese el vivo y profundo dolor que laceraba el corazón de aquellas dos mujeres, no pudieron prescindir la una de un movimiento de satisfacción orgullosa, la otra de un sentimiento repentino de despecho y de sorpresa. El amor propio, ese enemigo doméstico que según el buen San Francisco de Sales no morirá hasta un cuarto de hora después que nosotros, se reanimaba ardiente y vivaz en medio de los dolores de esta hora amarga, y al lado de la niña moribunda, que las dos madres se disputaban todavía.

Pero bien pronto el peligro las absorbió por completo, y las reunió de nuevo en un sentimiento de simpatía, igualmente fuerte en las dos. Cuando el barco está próximo á

naufragar, cuando el abismo abre sus profundidades, cuando las olas suben, gemidoras y amenazantes, los pasajeros olvidan los odios que los han dividido y llevan sus manos unidas y amigas al timón y á las velas, para conjurar el peligro.

El día fué espantoso: cada hora traía con ella algún sintoma amenazante, combatido, sin embargo, por todos los medios que la ciencia y el amor unidos podían crear: durante la noche el estado de la niña no fué mejor, más por la mañana, la postración profunda que parecía el aprendizaje de la muerte, se disipó algún tanto. Julia se quejaba.

¡Con qué alegría fué acogido aquel acento lastimero tan desgarrador en otro tiempo para los que no esperaban volver á oír su voz en este mundo!

Una vez pidió distintamente de beber: su madre voló hácia ella, y en tanto que apoyaba ligeramente la cucharada en sus secos labios, León la sostenía en sus brazos y la abuela mullía las almohadas de la niña. Julia no reconoció á nadie, pero dijo con dulzura un ¡gracias! que llenó de esperanza cuatro corazones, porque Ursula estaba también allí, y dijo en voz alta:

—Seguramente que la Virgen Santísima va á hacer un milagro.

—No se puede negar, —dijo el médico.—La enfermedad parece detenerse, y quizá va á decrecer.

Tomó de nuevo el pulso, y añadió:

—Menos pulsaciones que ayer noche... No



quisiera daros una alegría falsa; pero es un hecho que la encuentro menos mal.

Por poco tranquilizadoras que fuesen esas palabras, se convirtieron para la familia afligida, en una luz que aparece en un lugar lleno de tinieblas profundas, cuyo pequeño resplandor alegre y da valor al ánimo: los tres respiraron libremente por la primera vez, desde hacía veinticuatro horas; Julia no dormía, ni deliberaba ya; pero estaba sumida por la debilidad en un aletargamiento completo: no conocía á ninguno de los que le rodeaban.

Esa calma duró todo el día y se extendió á los siguientes. Julia volvía á la vida por una graduación muy lenta, y cuyos progresos solo podían ser sensibles á los ojos, constantemente fijos en ella: esto es lo que explicaba Carolina, en la siguiente carta, dirigida á mademoiselle de la Rochette:

*Caen, septiembre de 18...*

*Querida y buena amiga: Hoy es el día vigésimo tercero de la enfermedad, y puedo anunciaros, según la expresa afirmación del médico, que la fiebre ha entrado en el período de descenso. ¡Cómo esta seguridad alivia mi alma! ¡He sufrido mucho durante doce días, á la vista de mi hija, mi solo bien, abatida por un mal terrible y condenada en apariencia á una muerte próxima! ¡Qué días! ¡Qué noches! Y vos, mi excelente amiga, ¡con cuánta ternura habéis participado de mis penas! No la olvidaré jamás, y vuestras cartas, en las cuales vuestra afec-*

*ción á Julia se pinta tan bien, son un tesoro para mí, que leo y releo cada día. ¡Es preciso que pueda decirme que existe en alguna parte un corazón amigo que comprende el mío!*

*Aquí, en esta casa, ¿podréis creerlo? en medio del pesar que nos abrumaba á todos, he hallado las mismas espinas que otras veces: ¡la oposición de mi madre política y la debilidad de León!*

*Los primeros momentos que siguieron á mi llegada tuvieron, en medio de una inquietud inexplicable, alguna dulzura, hija de una pena común, y de la necesidad que todos experimentábamos de sostenernos recíprocamente; pero una muestra de cariño que, en medio de su delirio me dió mi hija, excitó el carácter celoso de madama Villiers, y desde aquel momento, me hallo bajo el peso de sus incesantes contradicciones: ella quisiera alejarme de la habitación de Julia; pero yo sostengo mis derechos: ella quisiera impedirme que la cuidase; mas yo no renunciaré jamás á tan dulce deber: crítica todas mis acciones, hasta las más indiferentes, la manera de incorporar á Julia y de darle de beber, el tono con que le hablo, las palabras que le digo; pero yo desprecio sus ataques: mi sitio es este y sólo lo dejaré cuando mi hija pueda seguirme.*

*¡León, después de haberme sostenido un poco en esta lucha, ha vuelto á abandonarme; pero eso me importa poco... si á su cariño por Julia hubiera sabido unir una simpatía indulgente hacia mí, yo hubiera podido sentir lo irreparable! Ahora no siento nada lo que he perdido.*

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, MEXICO

Pero hablemos de Julia: el delirio la ha abandonado por completo; pero está muy débil y sería muy peligroso el estimular en ella un trabajo del cerebro, ó una emoción viva del corazón; así es que, dichosa en verla, cuidarla y asegurarme de que vuelve dulcemente á la vida, no había tratado de que me reconociese; pero ayer ella misma me reconoció y me dijo:

—¡Eres tú, mamá! ¡Has sabido que estaba muy mala y has venido!

¡Oh! ¡Como la he abrazado á despecho de las miradas celosas! Julia ha puesto su carita pálida apoyada en mi hombro, y me ha dicho muy bajo y con misterio:

—¡Qué contenta estoy!

Y un instante después añadió:

—¡Es preciso que papá y la otra mamá vengán á abrazarme; yo les veía siempre á mi lado, pero no podía hablarles!

Ya lo veis, querida amiga, su inteligencia renace y recobra la posesión de la vida: mañana comerá ya alguna cosa y esperamos que pasado mañana podrá levantarse durante media hora. ¡Ya veis cómo progresamos! ¡Dios es bueno! lo repito con vos, y á la cabecera del lecho de Julia, estoy haciendo una novena de acción de gracias: es la corona de nuestra novena de súplicas. Ursula, que ha demostrado tanto sentimiento, se une á nuestros ruegos.

Adiós, querida y fiel amiga, continuaré enviándoos cada día un boletín de salud: tened la bondad de remitir el billete de Banco adjunto al señor cura para sus pobres enfermos: yo le encargo con este modesto donativo que ruegue

también por mi Julia cerca del trono del Señor.  
Os abrazo, como os amo, con toda mi alma,  
y soy vuestra,

CAROLINA DE VILLIERS.

Un recuerdo mío á Cora: estoy segura de que se interesa mucho por nuestra niña: decidle que ésta la llamaba en medio de su delirio.

## VI.

### Convalecencia.

Después de las graves enfermedades que atacan y debilitan todos los resortes de la vida, la reacción es lenta, y como el niño que prueba á andar, el enfermo prueba á recobrar la posesión de sí mismo.

Julia estaba ayudada en este trabajo por manos muy atentas y muy cariñosas; jamás hubo habitación más linda, más frescamente ventilada, más graciosamente adornada que la suya; jamás mejores alimentos que los que Ursula se tomaba sola el cuidado de preparar; jamás conversaciones más dulces que las que tenían por objeto distraer á la niña salvada; jamás á caricias más tiernas que las